

UN CUTRE, DESAJUSTADO, ABURRIDO E INEFICAZ “MARASADE”

Estreno 22 de febrero del 2007. Teatro María Guerrero

En cuanto vi los extraños desmontes en que se había convertido el asilo- manicomio de Charenton, me temí lo peor; y cuando vi a un Marat en *chandall* metido en una bañera que más parecía barca varada en playa perdida, me convencí: aquello iba a ser un bodrio, un triste remedo del texto de Weiss y de ese otro que pudimos contemplar hace unos años.

¡Y empezó el pseudo musical, más identificable con una pandilla de desubicados que a veces parecían beodos, que los pobres internos de un hospital: entre el descontrol del loco o del desesperado y la desinhibición del ebrio, hay un trecho. Nada del texto original quedaba claro, y no sólo por el evidente error de situar a los personajes en el 2007, incluyendo la obsoleta máquina de escribir de Marat, convirtiéndole en un personaje sin tiempo, es decir, ni sujeto del siglo XVIII ni del XXI, porque nadie, o casi nadie, que yo sepa escribe a estas alturas en una Olivetti de los años sesenta. Es peligroso desarraigar, desubicar un texto, desenganchándole de su hilo conductor por ese empeño de la actualización y del toque de la modernidad: no suele ser, aunque parezca lo contrario, el más eficaz camino para mostrarnos lo que queremos ver: la cercanía, la falsa proximidad y el falseamiento de las circunstancias, nos quitan claridad, perspectiva y precisión: lo que es creíble en un momento, se

hace irrisorio en otra circunstancia. En este nuevo Marat –Sade, todo daba la impresión de que el director había “soltado” a los actores sobre el escenario y que basándose en el estado de locura de los internos a quienes representan, los había dejado hacer a su modo y manera entre aquel antiestético y nada referente desmonte de amontonados trapos. Todo incitaba a la confusión: Marat, sobre la obsoleta máquina de escribir, como un obseso; Sade el viejo aristócrata, con un desaliño demasiado actual y moviéndose innecesariamente de un lado para otro de manera ondulante, sin que se le entendiera gran parte del discurso, Carlota Corday, la mejor del conjunto sin duda, desperdiciada; los demás, gritando, la revolución, oculta, los parlamentos, perdidos. Sí, porque el texto era gritado (hasta con micrófonos), no dicho, perdiéndose entre el griterío la dualidad de los postulados de los dos protagonistas. Todos los planteamientos que suscita la obra, diluidos, minimizados, hechos polvo entre aquellos simulados cascotes. Ni Sade parecía dirigir la función sobre la muerte de Marat ni Marat con aquel atuendo penoso, inducirla. Nadie se enteraba de nada: sólo se trasmitía desorden en un remedo entre musical más propio de fiesta de fin de curso de un instituto, que del María Guerrero. Ni siquiera faltó la ensordecedora traca final, muy acorde con el amor a los decibelios de los jóvenes. Sin embargo, entre aquel mare magnum, nadie, posiblemente, se enteró de que lo que late en el texto de Weiss es una reflexión sobre el hecho revolucionario, y como vehículo, el año 93, punto álgido de la Revolución Francesa; nadie, posiblemente, excepto los que ya estábamos en el secreto, ¡ójalá lo estuvieran todos!, de quien era Marat y de que en la asamblea que decidió la suerte de Luis XVI, éste votó su muerte, mientras que Sade, aunque vinculado a la Revolución y después rechazado por ésta(siempre, siempre fue Sade un rechazado, tanto del

Antiguo Régimen como del Nuevo: los librepensadores no encajan en ningún sistema), era partidario de salvar la vida del monarca; nadie se enteró, tampoco, de que murió en el encierro de Charenton, donde se dedicaba, junto con locos y marginados como él, a representar obras teatrales que algunos exquisitos de París iban a contemplar como gesto de dandismo, y que Marat, radical jacobino, murió en su bañera, desde donde escribía, asesinado por Carlota Corday, girondina, hecho que ésta pagó con su muerte en la guillotina; mucho menos, del duelo entre Marat, creyente en la lucha revolucionaria, aunque para ello tuviera que saltar por encima de la ley y de miles de cadáveres, y el escepticismo individualista de Sade, que a la larga sólo creía en sí mismo. Nada estaba claro ni presente de todo esto en aquellas tres interminables horas que duró el espectáculo, y cuando una cosa se hace mortalmente aburrida, y el aburrimiento se cumplió con creces, casi parecía una prioridad, cualquier objetivo resulta ineficaz.

La obra se estrenó en Madrid en el 68. ¡Qué diferencia aquel montaje de éste, siendo como era, la de entonces y la de ahora la misma versión de Alfonso Sastre! José María Prada y Marsillach, quién también la dirigía, representaban a Marat y a Sade respectivamente. ¡Todo un lujo! En esta ocasión a dirección y a intérpretes, el asunto y el marco, les van un poco grandes.

¡ Por cierto! Francisco Nieva está publicando en La Razón unos artículos sobre los dramaturgos españoles, incidiendo sobre lo que yo vengo insistiendo: el desprestigio del autor. La coincidencia no puede ser más que el fruto de la triste coyuntura en la que nos movemos.

Carmen Resino. *La fiera literaria*. Marzo, 2007